

*Julia
London*

Cuestión de honor

*El libro
del escándalo*

Nathan Grey aún no se ha recuperado del dolor que le provocó Evelyn, su mujer, cuando se alejó de él tras la muerte de su hijo. Por su parte, Evelyn sigue destrozada y no le ha perdonado que la traicionara. Sin embargo, cuando a Nathan le llegan rumores de que el nombre de su esposa va a ser mencionado en *El libro del escándalo*, no tiene más remedio que protegerla y protegerse a sí mismo. Su obligado regreso al hogar se convierte en una batalla de rencores que destruye las defensas de su marido y deja al descubierto la pasión que todavía arde entre ellos.

Capítulo 01

Abadía de Eastchurch.

Condado de Gloucester, Inglaterra, 1806

Las ruinas de la abadía de Eastchurch se hallaban sobre una de las verdes colinas de los Cotswolds, en el condado inglés de Gloucester. A juzgar por la anchura de sus cimientos, debía de haber sido un edificio de considerables dimensiones, pero lo único que quedaba eran unos cuantos muros, un hueco de escalera que no llevaba a ninguna parte y montones de escombros. En los últimos tiempos, sólo las ovejas y las cabras habitaban en ella, pero resultaba fácil imaginarse cómo debía de haber sido cuando aquellas colinas se hallaban salpicadas de monjes de hábito blanco trabajando la tierra.

En el siglo XVI cuando Enrique VIII se separó de la Iglesia católica, la abadía quedó abandonada, igual que otras muchas, y sus tierras se cedieron a lord Lindsey, amigo del rey, por sólo unos cuantos chelines al año, y mientras hubiera algún heredero Lindsey. La abadía fue convirtiéndose en ruinas.

Pero no era en eso en lo que se fijaban los habitantes y los visitantes del lugar, sino en la casa que había al pie de la colina, una gran mansión que se extendía por el valle, con el río y las montañas a su espalda, rodeada de campos y bosques. Había sido construida sesenta años atrás, con toda la magnificencia del nuevo conde.

Tampoco era la arquitectura neoclásica de la construcción del estilo preferido del venerable Joan Soane, o los jardines que la rodeaban, diseñados por el igualmente venerable Capability Brown, lo que llamaba la atención de la gente del condado, sino lo que pasaba dentro.

En los últimos años, Grayson Christopher había estado oyendo rumores, y los volvió a oír cuando se paró a tomarse una pinta, después de cabalgar toda la noche desde Londres para llegar a la abadía.

—Allí no encontrará gente como usted —le dijo el posadero mientras le colocaba delante la jarra de cerveza—. Ningún refinado caballero como usted, milord. En la abadía sólo hay mujeres y bebida.

Grayson esbozó una leve sonrisa.

—Tengo fama de saber disfrutar de ambos.

—Claro, milord, pero apostarí a que no de esa clase de mujeres. Ni de esa clase de bebida, bien pensado. El libertino de Lindsey es un hombre agradable, no se lo voy a negar, pero lo que permite que pase ahí... —El posadero negó con la cabeza—. Ésa no es forma de comportarse un conde, si no le importa que se lo diga.

Grayson sabía que las cosas se le habían ido un poco de las manos a su viejo amigo Nathan Grey, conde de Lindsey. Le aseguró al hombre que no le molestaban sus comentarios, pagó la cerveza y prosiguió su camino hacia la abadía.

Teniendo en cuenta la lluvia que había caído, la carretera estaba en sorprendente buen estado. Cabalgó por campos donde pastaba el ganado, bajo altos pinos y hayas. Pasó ante las ruinas de la abadía y el pequeño lago que Nathan mantenía bien surtido de carpas, y prosiguió hacia la ermita, con su pequeño cementerio, donde los aparceros de Eastchurch asistían a los servicios religiosos.

Atravesó una enorme verja y siguió el sendero hasta la entrada. Un mozo de cuadra se apresuró a recibirlo y ocuparse de su caballo. Grayson llamó a la puerta y, unos ins-

tantes después, Benton, el siempre fiel mayordomo de Lindsey, acudió a abrirle. Era un hombre delgado y nervioso, de cara ancha y redonda, peinado a la moda, con el pelo enmarcándole el rostro.

–Milord Darlington –saludó, mientras hacía una profunda reverencia–. Por favor, pase.

Grayson entró y se quitó rápidamente el abrigo empapado. Mientras se lo entregaba a Benton junto con el sombrero, notó que el vestíbulo olía a tabaco.

–Lamento presentarme sin avisar, Benton, pero debo hablar con Lindsey.

–Naturalmente, milord. Por aquí, por favor.

Mientras seguía al hombre por el corredor, se fijó en que las consolas donde antes había grandes jarrones con flores habían desaparecido. El pasillo resultaba así un poco desolado.

El mayordomo llegó a una puerta y la abrió con suavidad; al instante, Grayson notó que el olor a tabaco le asaltaba la nariz. Entró tras Benton; una nube invadía la sala, donde había muebles distribuidos sin ton ni son, excepto por una mesita de cartas colocada en el centro, junto a la que vio una silla volcada.

Lindsey estaba sentado a esa mesita, casi de espaldas a la puerta. Lord Donnelly, a quien Grayson también conocía, estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a Lindsey. Había además tres mujeres, sin duda rameras a juzgar por su escasa vestimenta y la forma descarada en que una le sonrió.

Una de las mujeres estaba sentada en el regazo de Lindsey, observando el juego sin demasiado interés. Donnelly tenía asimismo otra mujer sentada encima de él, la que había sonreído con descaro. La tercera se hallaba tumbada sobre un sofá, con los pies colgando. Parecía dormida.

–¿Milord? –llamó Benton.

Lindsey no hizo caso del mayordomo y siguió contemplando sus cartas, mascando el extremo de un puro.

–Milord –repitió el mayordomo.

Esta vez, Lindsey respondió con un gruñido de advertencia y un gesto desdeñoso de la mano: la señal de que no debía molestarle. Donnelly tampoco pareció fijarse en él; se hallaba tan concentrado en su juego y en la pila de monedas que había en el centro de la mesa como Lindsey.

Pero Benton, un ejemplo de sirviente leal, no iba a dejarse amedrentar.

–Milord –dijo por tercera vez, en un tono más enérgico –. Hay un caballero que desea verlo.

–¡Benton, te juro que hoy te voy a echar de una patada en el culo! –Refunfuñó Lindsey–. Siempre hay un caballero u otro deseando verme. Lleva a quien sea al salón o a un dormitorio, y déjame en paz; estoy a punto de despojar a Donnelly, del condado de Cork, de una considerable suma y no se me debe interrumpir. –Alzó la mirada y sonrió malicioso a Donnelly mientras mostraba las cartas. Tenía un trío, y su contrincante lanzó un grito de incredulidad.

–¡Milord! –insistió el mayordomo.

–¿Qué? –replicó Lindsey mientras arrastraba las monedas hacia sí. Entonces miró a Benton, y se sobresaltó al ver a Grayson.

–Buenos días, Lindsey –saludó éste. Su amigo apartó a la chica de su regazo y se puso en pie.

–¡Christy, no puedo creer que hayas venido! –exclamó. Donnelly alzó la vista, sorprendido.

–¡Darlington! –saludó jovialmente–. Ven, ven, y tómate un trago de buen *whisky* irlandés...

–¡Oh, no! –Rió Nathan–. Eso es un veneno matamari-dos, Declan, garantizado para tumbar a un hombre al primer sorbo, y eso no es lo que queremos para el duque de Darlington. –Sonrió a Grayson, tambaleándose un poco. Tenía muy mal aspecto, con la camisa arrugada, el cuello falso perdido y el cabello alborotado por los dedos de la ramera.

–¿Qué hora es, Benton? –preguntó Lindsey.

–La diez y media, milord.

Parpadeó confuso.

–De la mañana –añadió el mayordomo. Se quedó mirando a su sirviente.

–Bueno, eso no era necesario. –Posó la mirada en Grayson y sonrió de nuevo–. ¡Dios, Christy! ¿En qué estaré pensando? Entra, por favor. ¿Has venido de la ciudad para librarte de los compromisos sociales?

–Si hubiera abandonado la ciudad para apartarme de la vida social, hubiera elegido un lugar más tranquilo que el antro de iniquidad que el libertino de Lindsey preside en Eastchurch.

Donnelly soltó una carcajada al oírlo.

–Un antro por culpa de Wilkes, Donnelly y ese rufián escocés, Lambourne –respondió Nathan alegremente–. De no ser por ellos, me pasaría todas las noches ante el hogar, con un buen libro cristiano entre las manos, ¿no es así, Benton?

–Sin duda, milord.

Donnelly resopló divertido, y la mujer a la que Lindsey había hecho levantar de su regazo soltó unas risitas.

–Los tres ya llevan unos dos meses en Eastchurch... –Calló un momento, reflexionando–. ¿O quizá son tres meses?

–El diablo me lleve si puedo acordarme –contestó Donnelly, risueño.

–¿Y qué te trae tan lejos, Christy? ¿Estamos en guerra? ¿He perdido toda mi fortuna? ¿Me han desposeído de mi título? –Lindsey se rió de su propia broma.

Grayson no. Él se tomaba muy en serio las responsabilidades de su título y su posición social. Tiempo atrás, su amigo también lo había hecho, pero en los últimos años parecía haber olvidado esas responsabilidades. Donnelly, que procedía de Irlanda, estaba más interesado en los caballos que en su título. En concreto, le interesaba montarlos y apostar por ellos.

–Haré que le preparen el baño inmediatamente, mi lord –anunció Benton, y se retiró.

Nathan pareció sorprendido, pero luego agitó la mano en señal de asentimiento hacia la espalda del presuroso sirviente.

–Maldito mayordomo –comentó con una media sonrisa–. Como no le vigile, se pondrá a barrer los suelos. Vamos, Christy –dijo, e hizo un gesto hacia la puerta–. Vayamos al estudio, allí podremos charlar tranquilamente mientras me preparan el baño –añadió, imitando la voz de Benton.

–¿Te vas? –preguntó Donnelly sin demasiado interés, con la atención puesta en la ramera que le acariciaba la oreja.

Ya en el estudio, Grayson cogió una licorera.

–Yo que tú llevaría cuidado con eso –advirtió Lindsey señalando la botella mientras se sentaba en el sofá–. Maldito *whisky* irlandés. Lo fabrica el diablo, te lo juro. Y dime, Darlington, ¿qué te trae a Eastchurch? ¡Me tienes en vilo! Debes de tener una buena razón para haber cabalgado toda la noche desde Londres bajo este diluvio.

–No negaré que es un asunto de suma importancia –contestó él mientras se servía un dedo de *whisky* y se lo tomaba de un trago–. He oído algo muy inquietante y he pensado que debías saberlo inmediatamente. ¿Estás al corriente de la Investigación Delicada, como la han llamado, sobre la conducta de la princesa de Gales?

Lindsey se encogió de hombros.

–Sólo rumores aquí y allá. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver contigo?

–Conmigo no –contestó el otro con calma–. Déjame que te explique. Como puede que sepas o puede que no, Carolina, princesa de Gales, adoptó a un niño hace unos años. Hay gente que jura que ella estaba preñada hacia la época en que nació el niño. Carolina no lo negó, y, al parecer, confió a más de una persona que su estado era re-

sultado de una o dos noches pasadas en Carlton House, con lo que insinuaba que el niño era descendiente legítimo de Jorge, el príncipe de Gales.

Lindsey se rió al oír eso; no era ningún secreto que el príncipe y la princesa vivían separados desde poco después de contraer matrimonio, en 1795. Su desagrado mutuo era tan intenso que se consideraba casi un milagro que hubieran podido engendrar a la princesa Carlota durante su corto y desastroso encuentro en el lecho matrimonial. Desde entonces, se rumoreaba que ambos habían tenido numerosas aventuras. Al príncipe se le conocía más de un hijo ilegítimo.

—Naturalmente, esas acusaciones han originado una gran preocupación —continuó Grayson—, porque, al parecer, Carolina pretendería colocar a un hijo bastardo en el trono, por delante de la princesa Carlota.

—Bromeas —respondió Lindsey.

—En absoluto. El rey no tuvo más remedio que formar una comisión en la Cámara de los Lores para investigar el asunto. De ser ciertas esas acusaciones contra ella, se trataría de alta traición.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Aunque los Lores Comisionados no pudieron hallar ninguna prueba de que el niño de Carolina fuera más que un huérfano al que la princesa adoptó, sí encontraron muchas pruebas que sugieren que a menudo ha mantenido relaciones cuestionables e incluso repulsivas con numerosos hombres... y quizá incluso con mujeres.

—¡Dios santo! —Masculló Lindsey—. Pero seguro que no has venido hasta aquí sólo para decirme eso.

—No exactamente —contestó Grayson—. Escúchame hasta el final. El comportamiento de Carolina ha sido tal que ha perdido el favor del rey, y el príncipe de Gales considera que por fin tiene base para una disolución parlamentaria de su matrimonio, lo que, como sabes, hace mucho tiempo que desea. El rey todavía no se ha decidido al

respecto. Pero Carolina es astuta. Si el rey no intercede por ella y vuelve a concederle su favor, se dice que, para demostrar su inocencia, ella podría publicar la correspondencia que ha mantenido con él durante la investigación. Si lo hiciera y viera la luz lo que algunos ya llaman «El libro del escándalo», Carolina revelaría algunas de las cosas más atroces del príncipe.

–Acusaciones que probablemente sean ciertas –opinó Lindsey irónicamente–. O que lo eran cuando nosotros formábamos parte de su círculo íntimo.

–Sí –afirmó Grayson.

Eso había sido diez años antes, cuando todos ellos eran muy jóvenes. Incluso entonces, el príncipe tenía un desenfrenado apetito de comida, bebida y mujeres. Grayson lo consideraba una tragedia, porque Jorge era un hombre de una extraordinaria formación y conocimientos. Pero su lujuria podía más que su talento, y el pueblo desaprobaba su conducta extravagante y disipada. Y había muchos en el Parlamento que temían que un mayor conocimiento público de la vida del príncipe pudiese llevar a un levantamiento para acabar con la monarquía.

–La princesa ha insinuado algunas cosas bastante escandalosas, que además implican a otros miembros de la familia real –añadió Grayson. Lindsey sonrió.

–El príncipe tiene catorce hermanos, así que supongo que hay bastante donde elegir. ¿De qué tipo de escándalo habla?

–Nacimientos secretos. Asesinatos. Deslealtad general y caos –contestó el duque con gesto despreocupado–. Pero el asunto, Nathan, es que si Carolina publica esas cartas, se armará un escándalo como Londres no ha visto jamás. Su amigo se rió por lo bajo.

–Lindsey, escúchame. Es de suponer que en el libro se mencione a miembros de la camarilla del príncipe como testigos o participantes en esos escándalos y en potenciales actos de traición.

Nathan se echó a reír.

—¿Te refieres a mí, Christy? ¿Es que la disipación que se vive en Eastchurch se ha vuelto de repente tan importante en Londres?

—No, Lindsey... ¿Cómo podía decírselo? No me refiero a ti, sino a tu esposa.

La sonrisa desapareció del rostro de Nathan.

—¿Cómo?

Grayson suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—¿Te puedo hablar con franqueza?

—Creo que debes hacerlo —respondió él con voz tranquila—. Habla.

—Hay... especulaciones... de que *lady* Lindsey tiene algo que ver con lord Dunhill...

—¿Con quién?

—Lord Dunhill. Joven y recién llegado a Londres, pero con acceso al príncipe y a su círculo íntimo. El semblante de Lindsey se ensombreció. Grayson se puso tenso. No quería reabrir antiguas heridas... Todo el mundo estaba al corriente de la ruptura de los Grey. Se miró las manos.

—Nathan..., algunos de los consejeros de Carolina creen que, a consecuencia de esa... relación... de *lady* Lindsey, ella ha podido ser testigo de la conducta depravada del príncipe. Ha estado en su compañía en Carlton House, en las carreras y en Buckingham, y tal vez en St. James. Podrían llamarla a testificar en un juicio público, y sin duda los detalles de su relación también se harían públicos.

—Bueno —respondió Nathan cruzándose de brazos—. Supongo que no debería sorprenderme, ¿no? Pero imagino que Evelyn puede arreglárselas sola.

—Tu reputación quedaría arruinada. Y, además, cualquier concesión hecha a tu familia o a tu título por parte de la Corona se vería cuestionada si tu esposa se viera implicada en un escándalo contra un miembro de la familia real. Por tu bien, lo más conveniente sería que Evelyn se

fuera de Londres. Sería mucho mejor que pareciera que el conde y la condesa de Lindsey se han reconciliado, y así, si algo llega a salir a la luz, el rey te mirará más favorablemente.

Nathan se levantó y se acercó a los ventanales que daban al parque de ciervos.

—¿Es cierto lo que se dice? —preguntó—. ¿Ella sabe algo?

—Personalmente, no tengo ninguna información —respondió Grayson, y era cierto. Pero había oído lo suficiente como para sospechar que Evelyn sí podía saber algo. Era una invitada frecuente en los aposentos del príncipe, en Carlton House, y también había oído lo que pasaba en esos aposentos privados: indecentes competiciones e incluso orgías. Resultaba imposible decir lo que ella podía haber visto u oído—. Pero éstos son los rumores que corren con fuerza entre la buena sociedad.

—Entonces, la enviaré con su madre...

—A ojos de todo el mundo, eso sería como decir que crees que los rumores son ciertos. Si el rey piensa que tú crees que tu esposa es inocente, tratará de ayudarte. Pero si no lo cree...

—Si no lo cree, ¿qué?

Grayson frunció las cejas.

—La Corona te cedió la abadía, ¿no es así?

Lindsey asintió.

—Desde hace casi trescientos años.

—Piénsalo bien, Nathan. Si parece que tu esposa está involucrada en una investigación contra la princesa de Gales o tiene conocimiento de cualquier tipo de traición contra la Corona, puede que la pierdas. Debe parecer que crees en la inocencia de Evelyn... y sacarla de Londres.

Lindsey agachó la cabeza y se frotó el puente de la nariz.

—Maldita sea —masculló finalmente—. Al parecer, la bruja tendrá que venir a Eastchurch. —Miró a Grayson y le son-

rió de medio lado—. Me has hecho un gran favor, viejo amigo.

El duque se encogió de hombros. Lindsey habría hecho lo mismo por él.

Nathan suspiró.

—Esto reclama varios tragos del veneno de Declan —dijo, alzando la licorera.

Nathan no podía creer que estuviera a punto de salir hacia Londres para traer a Evelyn de vuelta a Eastchurch. Antes hubiera preferido partirse una pierna. O que lo asaran a fuego lento.

Tres años atrás, Evelyn y él se habían separado en malos términos. Al cabo del tiempo, podía admitir para sí que quizá no hubiese sido un esposo muy adecuado, pero eso no cambiaba el hecho de que el abismo entre ellos era muy profundo. Durante esos tres años, su contacto había sido muy escaso, y exclusivamente por carta. Sólo recordaba a una mujer rabiosa, que lo criticaba por todo.

Pero ahí estaba él, esperando a que cargaran su equipaje en el coche para ir a buscarla.

Ya que debía ir a Londres, aprovecharía el viaje. Tenía algunos negocios que atender, y había prometido al joven Frances Brady, el hijo de su guardabosque, que le enseñaría la ciudad.

Nathan se había topado con Frances el año anterior, jugando sin permiso en el cobertizo del jardinero. Tenía ocho años, y después de recibir una buena regañina, el pequeño lo había seguido por toda la finca como un perrito. A él le había gustado al instante, con su cabello castaño alborotado y sus brillantes ojos marrones. Su padre era viudo, y, aunque su abuela lo cuidaba durante el día, el crío se había asalvajado. Era un niño sediento de vida y, con el permiso de su padre, Nathan había querido encargarse de mostrarle todo lo que pudiera del mundo.

En su fuero interno, deseaba haber tenido un hijo como Frances Brady. Pero como eso nunca sucedería (no con el abismo abierto entre su esposa y él), al menos podía ser para él una especie de padrino.

Ahora se lo llevaba a Londres, para que le tomaran medidas para confeccionarle ropa adecuada.

El mayordomo fue hasta el coche con él y le dio al cochero una bolsa de piel para que la guardara con el equipaje.

–Cuida de todo mientras estoy fuera, Benton, o te pondré a recoger las cosechas de invierno en los campos –amenazó mientras se abrochaba el cuello del abrigo.

–Sí, milord –respondió el hombre sin inmutarse.

–¡Milord!

Se volvió al oír la voz de Frances. El chico corría por el camino, agitando un sombrero rojo. Una cálida sonrisa se dibujó en el rostro de Nathan mientras el niño llegaba a su lado.

–¡Milord, una de nuestras plantas está enferma! –Explicó Frances sin aliento, refiriéndose a unas lavandas que había ayudado a plantar a Nathan–. Se está poniendo marrón, y el señor Milburn dice que no ha arraigado bien.

–¡Oh, qué pena! –dijo él.

El cochero abrió la puerta del carruaje, y el niño miró ansioso el coche y luego a Nathan.

Éste le puso la mano en el hombro.

–Aguarda un poco –le dijo al cochero–. Tenemos que atender una planta enferma. –Luego le guiñó un ojo a Frances–. Será mejor que le echemos un vistazo, ¿de acuerdo?

¿Qué era una hora más después de tres largos años?

Capítulo 02

Después de unos pocos días en Londres, Nathan ya empezó a notar el cambio: la ciudad era un poco más dura, parecía un poco más hastiada. Los periódicos de la mañana estaban cargados de dobles sentidos y de especulaciones, tanto respecto a los asuntos más importantes como a los más banales. La cantidad de cerveza que supuestamente bebía la princesa Carolina en una noche se comparaba con la cantidad de *whisky* que el príncipe Jorge podía consumir. Parecía que todo el mundo hubiese elegido bando en la disputa entre ambos príncipes de Gales. También se especulaba mucho sobre hasta qué punto el escándalo podría dañar la ya precaria salud mental del rey: la locura que se le había manifestado hacía varios años no había reaparecido, pero mucha gente parecía pensar que estaba al borde de un precipicio, y que aquello era justo el tipo de cosa que podía darle un empujón. Algunos maliciosos aseguraban que su trastorno ya había regresado, porque era bien sabido que el monarca favorecía más a Carolina que a Jorge.

Y, lo que aún resultaba más inquietante, a juicio de Nathan, influyentes miembros tanto del Partido Laborista como del Conservador querían que el príncipe fuese rey cuanto antes. La consecuencia era una endiablada disputa por conseguir posición y favor, dependiendo de la opinión de cada uno sobre cuál sería el desenlace.